

**Helena Araújo**

***Esposa fugada y otros cuentos viajeros***

**Hombre Nuevo Editores, 2009. 164 pp.**

**Patricia Trujillo / Universidad Nacional de Colombia**

*Esposa fugada y otros cuentos viajeros* es el último libro de Helena Araújo. Fue publicado en el 2009, dos años después de la reedición de su segunda novela, *Las cuítas de Carlota*. Varios de estos cuentos mantienen el mismo tono narrativo de la novela, a pesar de no estar escritos en primera persona. La espontaneidad, la cercanía y el tono coloquial de Carlota al escribir a su prima Elisa también están presentes en estos cuentos. O bien los narradores siguen muy de cerca los pensamientos de cada una de las protagonistas y hacen un uso casi ilimitado del discurso indirecto libre, o bien les hablan directamente, como si fueran una voz íntima que le descubre al personaje lo que ve y lo que siente: “sólo ahí, al bajar del proscenio e instalarte en un puesto de la tercera fila, puedes ceder a la fatiga y al atolondramiento que te han dejado las interminables horas nocturnas de tren desde Barcelona”. “¿Qué habría de Celia Robledo? ¿En qué andaría? Inmóvil y como aterida en la penumbra de lo que ya no era el atardecer sino algo así como una caverna opaca, Emilia evocaba la cara pecosa de Celia”.

Mujeres maduras, tímidas e inseguras, bastante insatisfechas con sus vidas, sufren las angustias de enfrentarse a situaciones que no son inauditas, pero que sí se salen de sus rutinas diarias. Un viaje sorpresa al sur de Francia, organizado por el representante de la Federación Nacional de Cafeteros, una estadía para enseñar español en una universidad norteamericana, la conferencia Pax Christi en Viena, coloquios académicos sobre novelistas colombianas o las especies en vías de extinción, o una visita para hacer un reportaje en una granja de una comuna hippie, propician múltiples inconvenientes menores y sensaciones de incertidumbre y desamparo. Helena Araújo, que ha vivido la mayor parte de su vida fuera del país, y ha tenido una larga carrera como docente de literatura y crítica literaria, retrata con precisión la forma en la que inconvenientes como el cansancio del viaje, las incomodidades de un alojamiento precario, la desubicación espacial y la ansiedad ante el encuentro con otros colegas influyen en eventos académicos y componen la trama de los pensamientos de aquellos que participan en ellos. En “El coloquio de Claudia”, la jerga académica, bien sea de tendencia feminista, de la sociología de la literatura o postestructuralista, se reproduce con mucha exactitud. Produce un efecto de mucha hilaridad al contrastar con los pensamientos de la protagonista a propósito de los colegas participantes y la novelista homenajeadas en un encuentro académico. Algo similar sucede en “Pero el dolor vuelve” con la Sra. Reut, que asiste a un congreso en San Francisco y tiene que enfrentarse a un terrible dolor de espalda y a las incomodidades de un tratamiento médico en una ciudad desconocida. El efecto cómico de contraste se genera aquí entre

la vergüenza y las angustias de la Sra. Reut, que se supone llega a la ciudad para un encuentro profesional, y debe someterse al profesionalismo equívoco del quiropráctico que la trata.

Las protagonistas de estos cuentos sufren, pues, de “desadapte”, esa sensación de estar fuera de lugar, que no sólo se debe a sus inseguridades, sino a la atmósfera de impersonalidad o insinceridad que reina en los congresos, los hoteles y las delegaciones. Por supuesto, los miembros de la comuna hippie no son ni hipócritas ni distantes, pero la necesidad de defender una forma de vida alternativa hace que hablen de sí mismos en un lenguaje que excluye toda espontaneidad verdadera. Sin embargo, en medio del “desadapte”, las protagonistas no sólo tienen la sensación de ser moscas en leche y pasan por situaciones embarazosas, sino que también aprovechan oportunidades que surgen de estas situaciones. En varios cuentos, las oportunidades consisten en encuentros sexuales con hombres más o menos atrayentes, y constituyen una forma de autoafirmarse. No obstante, siempre hay algo equívoco, ambiguo, en esos encuentros; no puede sostenerse, inmediatamente y sin ninguna duda, que las protagonistas declaren efectivamente su independencia y expresen su vida corporal sin censuras ni prejuicios. Ellas, a un mismo tiempo, desean y no desean, actúan y se arrepienten o, más bien, actúan asoladas por las dudas. Estas vacilaciones no sólo se refieren a la vida sexual, sino también a la vida afectiva, como en el caso de la protagonista de “El coloquio de Claudia”, que cede ante la necesidad de declarar la verdad, aunque perciba, con toda claridad, que su declaración no será tomada como un dato fundamental en la comprensión de la autora a la que se dedica el coloquio, sino como un exabrupto, una ridícula falta de urbanidad.

Hay tres cuentos que no tratan acerca del viaje y sus contratiempos. Uno de ellos, “El tratamiento”, recrea uno de los pasajes más dramáticos de *Las cuítas de Carlota*: una esposa colombiana, prisionera en un matrimonio abusivo, es encerrada por su marido en una clínica de reposo. El retrato de la clínica y de su director coinciden, punto por punto, con el doctor Puig y el sanatorio donde es encerrada Carlota. “April in Paris” es el único cuento cuyo protagonista no es mujer. Alain espera a su compañera mientras mira por la ventana y rememora su relación con ella. Luego llega Patricia al apartamento y el punto de vista de la narración se traslada a sus ojos; el conflicto entre ambos se cuenta alternando ambas perspectivas. El tercero da título a la colección y retrata una crisis emocional. Al recibir una novela que debe traducir al inglés y leer la contratapa, Emilia se acuerda súbitamente de una de sus amigas de antaño, y se pregunta qué

habrá sido de su vida. El recuerdo, en apariencia anodino, surge de un pasado doloroso cuya angustia, sentido de culpa y débil calidez reviven a un mismo tiempo. Se tiene la sensación de que, en este cuento, el desadapte no es circunstancial sino endémico, y tiene que ver con las heridas que ha provocado una vida muy parecida a la de Carlota, en la que la autoafirmación personal se ha logrado sólo a costa de graves heridas emocionales.

Helena Araújo aprovecha la concentración temporal del cuento y la aparente frivolidad de las anécdotas para retratar la

complejidad de crisis reales, humanas, que van mucho más allá de los accidentes que las envuelven. El tono de los relatos, muy coloquial y un tanto frívolo, actúa como contrapunto irónico a la importancia de las crisis vividas por los personajes y al carácter complejo y ambivalente de sus sentimientos. Su lenguaje contrasta así con los de otras escritoras contemporáneas que han elegido, o bien el realismo desnudo en la vena del reportaje, o bien un tono lírico en el que las imágenes poéticas alternan con la narración.